

LA NUEVA CULTURA DE LA ILUSTRACIÓN: SUS CONSECUENCIAS EN HISPANOAMÉRICA

POR

INÉS DE CASSAGNE

En su libro *El movimiento de la revolución mundial* (Huemul, Buenos Aires, 1963), Christopher Dawson hace un diagnóstico y un resumen que resultan una útil introducción en el tema que nos toca exponer. Dice allí:

«La extinción de la dinastía de los Habsburgo en España y la guerra de la sucesión española pusieron de pronto a España y la América española bajo la égida de los Borbones (en 1701), lo que rompió la conexión entre España y Austria que había tenido tan importante papel en la historia de la Contrarreforma y la aparición de la cultura barroca.

«Así fue como el siglo XVIII en España se caracterizó por el predominio de influencias extranjeras. La corte española volvió-se un satélite de Versalles, como tantas otras cortes del período, y quedaba abierto el camino para la penetración de nuevos hombres, nuevos modales y nuevas ideas, en el centro mismo de la vida nacional. El resultado fue una ruptura en la continuidad de la cultura española, que llevó al divorcio de España con sus antiguas relaciones con Austria y la Europa barroca, y la incorporó artificial y externamente en la nueva sociedad internacional de cultura francesa, con la cual no tenía ninguna relación histórica orgánica. El pueblo español siguió fiel a sus antiguos principios espirituales y tradiciones culturales, pero éstos ya no podían influir en el curso de la historia, puesto que habían perdido la jefatura intelectual y política. Así surgió ese dualismo entre la cultura galicada de las clases gobernantes y la cultura tradicional del pueblo, que iba a durar dos siglos y produjo resultados tan catas-

tróficos en épocas posteriores. La cultura clásica francesa del "Grand Siècle", y aún más, la del Iluminismo dieciochesco, no tenían ni simpatía ni comprensión para los ideales de la cultura barroca; antipatía que llevó a una depreciación general de las realizaciones y las tradiciones españolas y había de infectar por grados el espíritu de las clases cultas en España misma, produciendo ese complejo de inferioridad que llegó a ser tan característico de los *afrancesados* y liberales de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

»No es esto sorprendente: en el mundo de la cultura barroca, España había ocupado siempre una posición preeminente, no sólo en razón de su poder político, sino también, debido al prestigio espiritual de sus santos, místicos y teólogos. Pero en la nueva cultura de la Ilustración, estas realizaciones espirituales no contaban para nada o aún menos que nada. La cultura española debía comenzar de nuevo, como un discípulo atrasado de los filósofos y economistas, cuya escala de valores contradecía aquella en que se había fundado la anterior grandeza de España.

»Cuán lejos llegó esta desaprobación del pasado, se ha de ver en la parte que le tocó a España en la destrucción de la Sociedad de Jesús (1767), el acontecimiento que señala el fin del gran período de la cultura católica moderna, empezando en el Concilio de Trento. Aun en Francia, la destrucción de la Sociedad (1764) fue un acto de irresponsabilidad política, contrario a los verdaderos intereses de la monarquía francesa. Pero en España era mucho más que eso: era un acto suicida, que contrariaba toda la tradición nacional y destruía la llave de la cultura espiritual común que antes había unido a España con la Europa barroca y que aún unía a España con su imperio colonial.

Me propongo recordar cómo los "filósofos" de la Ilustración incitaron a los déspotas ilustrados de las cortes borbónicas a destruir la Compañía de Jesús, que despojó a Hispanoamérica de esta enorme fuerza civilizadora, pero sobre todo quiero mostrar que el descrédito que echaron sobre ella contribuyó y sigue contribuyendo al cuestionamiento de toda aquella tradición hispano-católica que constituye la raíz original y el principal aporte de nuestra idiosincrasia. Si bien la pérdida de los misioneros y educadores jesuitas nos dañó en el siglo XVIII, mucho más nos dañó

en los siglos siguientes, y hasta hoy, la desvalorización de esa tradición por obra de los escritos de los enciclopedistas en la que cierta línea histórica se abreva aún. En efecto, Hispanoamérica, que ya en el siglo XVIII había acrisolado su identidad propia como hija mestiza y original de la España católica, pudo resistir mejor que la madre patria a esa desnaturalización que se imponía desde arriba, e incluso buscar un nuevo modo de hacer retonar aquí las libertades que allá se conculcaban. Pudo encontrar en aquella tradición de siglos la manera de distanciarse de aquellos Borbones absolutistas e iniciar por sí misma un nuevo camino en aquella línea a principios del siglo XIX. Lo que no pudo es evitar que las ideas de la Ilustración entorpeciesen ese nuevo camino, provocando luchas desgarradoras, que manifestaron y aún manifiestan el titubeo entre nuestra auténtica raigambre y esta otra manera de ser que pretendió y aún pretende injertársenos.

Cultura de la ilustración y despotismo ilustrado

La nueva cultura de la Ilustración es una cultura reductora. Proviene de una serie de abandonos: abandono de la metafísica, rechazo de la verdad revelada y de la tradición de la Iglesia como su depositaria e intérprete, renuncia a los ideales religiosos, místicos, caballerescos y trascendentes en general. El escepticismo de Montaigne, el racionalismo de Descartes y, sobre todo, el de sus seguidores, el criticismo de Bayle y el psicologismo de Locke habían trabajado en esa dirección: circunscribir la mirada a lo inmediato, prohibirse las preguntas esenciales y trascendentes, achicar los anhelos humanos a la estrecha medida de lo terrenalmente placentero y práctico. Todo se "relativiza" y, por ende, son reducidas a meras "opiniones" todas las teorías y todas las creencias que hasta entonces habían sido tenidas por verdades. Todo es objeto de crítica: los dogmas, la Escritura Sagrada, los milagros, la santidad son tildados de superchería y fanatismo. La inteligencia, que renuncia a la intuición y a la imaginación, encuentra un campo inmenso en demoler todas las tradiciones, y en desmitificarlo todo para "iluminarlo" desde lo que entonces

llaman la "luz de la razón", que no es más que un foco reducido, al lado de la profunda capacidad intelectual y de la luz de la fe que la vuelve más penetrante. Los que a sí mismos se llaman "filósofos" en el siglo xviii no lo son, pues han abandonado el "amor a la sabiduría", que implica el misterio religioso, lo sagrado, que incluye la actitud de humildad, docilidad, temor y veneración. "El filósofo francés del siglo xviii —observa Paul Hazard en *La crisis de la conciencia europea*— no es hombre de oficio, especialista o profesor"; no es metafísico; "es un hombre de ciencia en un sentido nuevo: explica, no el «por qué», sino el «cómo» de los fenómenos"; justo para poder dominarlos por la técnica, que hará la vida más agradable y placentera; "el placer forma parte de su programa, pero un placer razonado", pues esto es lo que cuadra a quien se pretende un "sabio"; es libertino de espíritu —prosigue Hazard—: esto es lo esencial: juzga de todas las cosas con entera desenvoltura, y querrá reformar las obligaciones y deberes de la vida civil; es hostil a las religiones reveladas; su moral y su crudición no son religiosas, y si os enteráis que alguien ha vivido y muerto como filósofo, comprenderéis que ese hombre ha vivido y muerto en la incredulidad". Es deísta, eso sí: pues el dios lejano e innominado del deísmo no molesta: no se revela, no interviene, no se encarna, no se dice presente a través de la Iglesia ni de los sacramentos; no reclama la fe, y, sin embargo, estos apóstoles piensan que la fe sirve, eso sí, para mantener en orden a los sencillos del pueblo, así más fácilmente manejables.

En efecto, en la postura de estos filósofos ilustrados se descubre en seguida la tendencia manipuladora. Han aprendido de Bacon, a quien Voltaire llama, en sus *Cartas filosóficas*, "padre de la filosofía experimental", y para Bacon, "saber es poder". Dicen Horkheimer y Adorno al respecto: "Dicho saber no tiende a los conceptos y a las imágenes, a la felicidad del conocimiento, sino al método, a la explotación del trabajo, al capital privado o estatal. Todos los descubrimientos no son más que instrumentos. Lo que quieren aprender de la naturaleza es la forma de utilizarla para lograr el dominio integral de la naturaleza y de los hombres" (*Dialéctica del iluminismo*).

He aquí por qué la mayoría de estos filósofos admiran la típica figura inglesa del comerciante y del banquero, y ellos mismos tratan de imitarlos. En bien sabido que para Voltaire, "el cuidado de su fortuna era su primera ocupación", y que además de explotar sus propiedades de Ferney y de Cirey, en las que vivía opulentamente, desde su primera juventud se ocupó de elevar sus rentas heredadas mediante el "agio y la especulación". "Cultivar su propio jardín", la propuesta de su *Cándido*, se entiende dentro de este contexto egoísta y utilitario, que es el mismo de muchos estrechos moralistas ingleses que lo precedieron, como el conde de Shaftesbury, y como Fontenelle, quien proponía el mismo egoísmo en los gozos y placeres de la vida: "Busquemos la tranquilidad —decía Fontenelle en *Du bonheur*—... Celosamente, con precauciones de avaros, con temor de malgastar nuestra parcela, vigilemos nuestro pobre tesoro. Ciertamente, un golpe de fortuna puede siempre arrebatárnoslo, a pesar de nuestras minuciosas precauciones. Pero con mucho cuidado y vigilancia hay más probabilidades de conservarlo: pues somos, en la medida en que sabemos ser prudentes, los artífices de nuestra propia vida... Sólo es cuestión de calcular, y la prudencia debe tener siempre las fichas en la mano ...".

¿Cómo tendrían corazón estos burgueses, lúcidos y fríos, predicadores de una estrecha moral de "hábiles jugadores" en la vida (como dice Hazard), cómo tendrían corazón para comprender a los que se jugaron y se jugaban en su tiempo por ideales que los trascendían y en los que arriesgaban su seguridad, su comodidad, y hasta la vida? ¿Cómo podrían haber resonado en estas almas mezquinas las hazañas intelectuales de un Sócrates o de un San Agustín o de un Santo Tomás? ¿Cómo las hazañas de los santos, de los mártires, de los cruzados, de los conquistadores, de los misioneros? No tenían magnanimidad para entenderlas y, por eso, tratarán de interpretarlas a su manera: ya sea como locuras, ya sea bajo manto de inconfesas codicias, o ansias de poder. El poder, en última instancia, es la explicación que dan a todo ello. Pues poder y dominación en todos los ámbitos es lo único que estos filósofos pretenden: no una inteligencia sometida a la verdad de las cosas, no un corazón susceptible a las bondades y

bellezas de las mismas, no la docilidad de la fe, no la fidelidad a lo que vale más que uno mismo. Esta estrechez de mente y de corazón no podía sino reprobar a los grandes ideales y a las grandes figuras generosas de la epopeya evangelizadora americana y al eterno quijotismo del alma hispana. Y es solamente por estrechez de alma que inventan y proclaman la "virtud" de tolerancia: tolerar todas las opiniones significa no darle importancia a ninguna y, en consecuencia, no jugarse por nada. Es por ello que este nuevo dogma de la tolerancia excluía de la misma a la religión católica, pues ella y solamente ella, entre los numerosos grupos religiosos que seguirían diciéndose cristianos, no admitía el "libre examen" y por el contrario adhería a un credo inamovible y a la autoridad de la Iglesia.

"El Iluminismo —apuntan Horkheimer y Adorno— se relaciona con las cosas como el dictador con los hombres, buscando la manera de manipularlas". Pero, además, lo que se observa en el siglo XVIII es que los "filósofos" se relacionaron con los hombres a la manera que lo hacían con las cosas, como dictadores, para manipularlos. ¿Qué otra cosa son todas las obras de Voltaire, en que desfigura la historia, confunde en sus descripciones, altera la realidad, y elige verdaderos "slogans" propagandísticos para cambiar la opinión, para engañar y tener consigo a la gente, y para aniquilar creencias, verdades y aun personas? Y todavía estamos manipulados por él: todas las distorsiones históricas, la de las Cruzadas, la de la Inquisición y tantas otras proceden de él, así como la funesta separación que hizo entre "historia sagrada" e "historia profana", que no es sino una manera de relegar la primera a un ámbito de fe particular, sin relación con el mundo, y que significa una reducción de la historia, en la que Dios actuó y sigue actuando... reducción, como todas las de la Ilustración, mentirosa por eso mismo.

Los amigos de los "filósofos" llevarán a los hechos esta manipulación de los hombres desde sus puestos de gobierno, y la Ilustración se convertirá en *Despotismo ilustrado*. No sólo el rey de Prusia o el emperador de Austria fueron déspotas ilustrados, sino también los ministros y consejeros de los Borbones, quienes serán sus instrumentos para el manejo de la Iglesia con el inten-

to de convertirla en dócil sierva de sus Estados absolutistas, para separarla de Roma, y aun para imponer papas a su agrado; los Pombal, los Aranda, los Tanucci, los Choiseul, los Floridablanca...

Todas las monarquías borbónicas — resume M. Braure, en *La Iglesia en los siglos XVII y XVIII* — manifiestan la tendencia general en el siglo XVIII, de inmiscuirse en materia religiosa, hasta dar lugar al temor de que se constituyesen iglesias cismáticas. Como en el siglo anterior, esta política cuenta con sus teorizantes: en 1707, aparece el *Traité de la puissance temporelle et ecclésiastique*, de Ellies du Pin; en 1714, *Du témoignage de la vérité dans l'Église*, de Vivien de la Borde; en 1754, el *Jus ecclesiasticum universum* — a los que hay que agregar la *Tentativa teológica*, del portugués Antonio Pereira de Figueredo, en 1760; y la famosa *De statu Ecclesiae et legitima potestate Romani Pontificis*, del alemán Justinus Febronius, en 1763—. Se ensalza en todas estas obras el derecho divino de los reyes en detrimento de la autoridad del papa, a la que se considera como si fuera una creación enteramente humana". ¡Típico reduccionismo de la época, este considerar todo "sub specie temporalis", al mismo tiempo que, paradójicamente, se recurre a la "novedad" — pues tenía poco más de un siglo y era muy discutida— de considerar de "derecho divino" a la monarquía que, ella sí, era de institución humana! Se trastuecan los planos: a lo que es de derecho divino se lo pretende humano, y a lo que es humano, de derecho divino. Por cierto que estas teorías no prevenían de los "philosophes", sino de los galicanos y jansenistas del siglo anterior. Los jansenistas y galicanos repuntan y se reactivan en el siglo XVIII contra la bula *Unigenitus* promulgada por Clemente XI en 1713, muy resistida en Francia, pero también en España, donde el nuncio es expulsado de Madrid y se prohíbe la correspondencia entre los obispos y Roma. Más tarde, los Borbones hacen uso de la "exclusiva" para presionar los cónclaves que sucesivamente nombraron a Inocencio XIII (1721-24), Benedicto XIII (1724-30), Clemente XII (1730-40), Benedicto XIV (1740-58), Clemente XIII (1758-69) y Clemente XIV (1769-75). Arrogarse autonomía en las materias eclesiales contra Roma y, en cambio, someterlas a la jurisdicción del Estado fue propio de los galicanos franceses y de los indisci-

plinados jansenistas, pero esto “colabora con la indisciplina” que, a su vez, propagaban los “filósofos”. “España bajo los Borbones sufre la influencia galicana jansenizante. Los concordatos de 1737 y 1743 interfieren en la jurisdicción eclesiástica. Se maneja a la Inquisición —tan mal parada por los filósofos como cosa de Iglesia— como un organismo de Estado. En Portugal, el gobierno se incauta de los bienes de la Iglesia; así también las cortes borbónicas de Italia (Nápoles y Parma). Y estos gobiernos que se inmiscuyen más y más en los asuntos eclesiásticos, promueven el descrédito de la Compañía de Jesús, hasta decretar su expulsión —con tan nefastas consecuencias para Hispanoamérica—, y finalmente imponen al papa su supresión (1773)” (Braure).

La destrucción de la Compañía de Jesús.

1.ª Campaña: Cándido de Voltaire

En un capítulo en que propone esta pregunta “¿el jansenismo aposentador de la incredulidad?”, Gabriel Rops (*La Iglesia de los tiempos clásicos*, Barcelona, 1959) no sólo señala lo “inquietante” de su orientación religiosa —condenada por la *Unigenitus*— pues tendía, con sus exigencias moralísticas, a “disminuir la práctica religiosa”, sino también por su indisciplina frente a Roma, y aún más: “Apenas hay que añadir —dice— que los violentos ataques contra la Compañía de Jesús, desde Pascal en adelante, por cuantas plumas aceradas tenía el jansenismo, llegaron a desacreditar temporariamente a una formación que, si bien podía tener defectos, no dejaba de constituir una de las fuerzas más sólidas de la Iglesia: así derribaron a una de sus columnas”. “Además, a fuerza de sacar de sus escuelas las materias teológicas..., prepararon el camino a Voltaire”.

Para Voltaire y sus secuaces, la destrucción de la Compañía de Jesús constituía el primer paso de lo que ellos —ilusos, por ser restrictivos— creían inminente a corto plazo: la destrucción de la Iglesia Católica, a quien llamaban “la Infame”. Tanto es así que, tan pronto la Compañía fue desterrada de los vastos dominios españoles —tras haberlo sido en Portugal y Francia—, Fede-

rico II de Prusia, le escribe a su amigo Voltaire, felicitándolo: "El hacha se ha situado en la raíz del árbol... y las naciones escribirán en sus anales que Voltaire fue el promotor de aquella revolución de la mente humana que tuvo lugar en el siglo xviii". Y refiriéndose a los Evangelios y a Nuestro Señor, le decía: "Ya el libro de los conjuros del Mago es tomado a broma; el autor de la secta es difamado; se predica la tolerancia; todo está perdido. Tendría que producirse un milagro para restaurar a la Iglesia... El inglés Woolstone calculó que *the infamous* duraría doscientos años; pero no pudo adivinar lo que tan recientemente ha sucedido —es decir, el reciente decreto de expulsión de los jesuitas—; la cuestión es destruir el prejuicio que sirve de cimiento a ese edificio —al que Vd. llamaba también «el antiguo palacio de la impostura». Por sí mismo se desmorona, y así su decadencia será más rápida" (Cartas de Federico a Voltaire, de mayo y febrero de 1767).

Ese era el plan de Voltaire, al que dedicó toda su larga vida, del que dan testimonio sus cartas: "aplastar a la Infame", aplastarla por medio de las armas de la sátira y de la mentira. En efecto, "Voltaire —señala F. Sheen— no criticó la Biblia, ni la revelación, ni lo sobrenatural. No discutía sobre esos puntos; disparaba sobre ellos dardos de ridículo. No razonaba; se limitaba a burlarse" (*Filosofía de la religión*). Así hizo con los jesuitas. Y alentaba a D'Alembert y los demás: "Sólo pido cinco o seis buenas palabras por día (para aplastar a la infame), Eso basta. Nunca volverá a levantarse. Ríe, Demócrito, ríe; haz que los demás rían, y los sabios triunfan... Mentid, mentid como el demonio, ni tímidamente, no sólo por un tiempo, sino valientemente y siempre... Mentid, amigos míos, mentid" (Carta de Voltaire a D'Alembert, 15-IX-61).

Con estas armas infamantes, la risa y la mentira, Voltaire cooperó eficazmente al descrédito de nuestros jesuitas de las reducciones del Paraguay y de su magnífica obra entre los indígenas. Lo hizo primero en *Cándido*, obra que salió en 1759, el mismo año en que la Compañía fue expulsada de Portugal, para refrendar los infundios que allí se dijeron. *Cándido*, el héroe del cuento, quiere representar la candidez con que se aceptan las verda-

des y creencias, por lo cual el largo y fantástico periplo que el autor le hace recorrer no tiene otro objeto que "desingenuizarlo", y desingenuizar a los lectores. Cándido llega, en un momento dado, al Río de la Plata, nada menos que para engancharse como soldado para "hacer la guerra a los jesuitas", de quienes se dice que han sublevado a los indígenas de las reducciones, pues habiendo allí formado un vasto y rico "imperio", se han negado a cumplir el tratado por el que el rey de España las entrega a Portugal, a cambio de la devolución de la Colonia del Sacramento. Ahora bien, resulta que el gobernador de Buenos Aires —al que Voltaire ridiculiza por su vanidad y su lujuria— le roba su novia y por ello corre peligro. Entonces (en el cap. 14) su acompañante, el mestizo Cacambo, le aconseja que, en lugar de hacer la guerra a los jesuitas, huya al Paraguay para "hacer la guerra con ellos". Las palabras que Voltaire pone en boca de este mestizo están llenas de insidia, pues según su costumbre envuelve la mentira en expresiones admirativas que contribuyen a confundir a los lectores. Dice:

—"Yo conozco ese gobierno de los Padres... Es algo admirable. El reino tiene ya trescientas leguas de diámetro; está dividido en treinta provincias. Los Padres lo tienen todo, y los pueblos nada. Es la obra maestra de la razón y de la justicia. No encuentro nada más divino que los Padres, que hacen aquí la guerra al rey de España y al rey de Portugal, y que en Europa confiesan a esos mismos reyes; que matan aquí a los españoles, y que en Madrid los mandan al cielo; esto me encanta, vamos... ¡qué placer tendrán los Padres cuando sepan que les cae del cielo un capitán que sabe hacer el ejercicio búlgaro!"

De un plumazo, y como al pasar del falso elogio, los Padres jesuitas han quedado como codiciosos terratenientes, aprovechadores avaros, hipócritas, traidores a su rey y jefes guerreros, fieros además, ya que se insinúa que apreciarán ese "ejercicio búlgaro" que sabe hacer Cándido, y que consiste en pasar a cuchillo y destripar a las víctimas...

La descripción de la llegada contribuye a esta falacia, pues los muestra en pie de guerra: hay un "guardia", que los lleva al "co-

mandante", les toman las armas y los caballos, los rodean veinticuatro soldados; pero finalmente, cuando Cacambo les dice que Cándido es alemán y guerrero, lo introducen ante el Padre Provincial, que acaba de decir la Misa y va a desayunar, y que resulta ser "el comandante en jefe" de esos rebeldes. Sigue esta descripción:

"En seguida condujeron a Cándido a una glorieta, adornada con una linda columnata de mármol verde y de oro, y enrejados llenos de loros, colibríes y toda clase de pájaros exóticos. Un excelente desayuno estaba preparado en los jarros de oro; y mientras que los paraguayos comieron maíz en escudillas de madera, el reverendo padre comandante entró en la glorieta ..."

Tras pintar semejante lujo, y la diferencia que hacen con los indios, Voltaire se deleita en señalar el "aire orgulloso" del sacerdote, pero que, curiosamente, no se trataba de "un orgullo ni español ni jesuita", porque era un noble alemán; ¡nada menos que el hermano de su amada Cunegunda! Entonces, para hablar a solas,

"... el comandante hizo que se retiraran los esclavos negros, y los paraguayos que servían de beber en vasos de cristal de roca ..."

Siempre, como sin querer, nuevos infundios, pues no existieron en las reducciones esclavos negros, ni, por supuesto, tales lujos... Entonces el jesuita le cuenta cómo llegó hasta allí: salvado por milagro cuando el pillaje y matanza de su palacio alemán, fue a parar a una capilla de los jesuitas, lo que da lugar a nuevas sugerencias equívocas y mentiras en relación al propósito de "poder" de los jesuitas que esconden bajo la excusa de labor misionera:

"Tú sabes, querido Cándido, que yo era buen mozo...; de modo que el reverendo padre Groust, superior de la casa, concibió por mí la más tierna amistad; me dio el hábito de novicio; algún tiempo después fui enviado a Roma. El padre general

necesitaba un *pelotón* de jesuitas jóvenes, alemanes. Los soberanos del Paraguay reciben la menor cantidad posible de jesuitas españoles; prefieren los extranjeros, más fáciles de mandar. Yo fui juzgado apropiado por el reverendo padre *general* para trabajar en esta viña... Al llegar, fui honrado con el *subdiacónado* y me hicieron además teniente; ahora soy *sacerdote*, y *coronel*. Afrontamos con vigor a las tropas del rey de España; te digo que serán *excomulgadas* y *vencidas*. La Providencia te envía aquí para secundarnos ..."

Se ve el método de "confundir" que usa Voltaire: juntando varias veces los conceptos de "militar" y de "jesuitas": "reverendo padre-general", "subdiácono-teniente", "sacerdote-coronel", además, "pelotón" tiende a asimilar la orden religiosa con un ejército. No desaprovecha el tiempo: en un solo párrafo está esto, más el llamarlos "monarcas", y burlarse de la "providencia" (concepto que Voltaire destruyó, reemplazándolo por el dogma del "progreso")...

Pero la burla sigue: tras haber abrazado a Cándido su antiguo camarada de infancia, y llamándolo "su hermano" y "su salvador", al enterarse que, antes de venir a Sudamérica, salvó a su hermana de la prostitución en que la tenían juntamente "un judío y un inquisidor", en seguida, cuando el mismo Cándido le comunica "cándidamente" su intención de casarse con ella, le salta al jesuita todo el orgullo —de paso: la religión no sirve contra ello—, lo llama "insolente" por semejante ocurrencia, y, sacando el arma, le da un sablazo en la cara. Cándido, obligado a defenderse, lo mata, luego se arrepiente; pero Cacambo acude para decirle que no hay tiempo que perder: le quita el hábito al jesuita y se lo pone a Cándido:

"¡Al galope!, todos lo tomarán a usted por un jesuita que va a dar órdenes ...". Y así lo hizo Cacambo, gritando en español: "¡Paso, paso al reverendo padre coronel ...!"

Tampoco termina aquí la burla antisacerdotal y antijesuítica, sino que Voltaire agrega otro episodio: en la fuga, Cándido y su ayudante caen en manos de unos indios antropófagos, quienes, justamente por el hábito que lleva, empiezan a gritos:

“Es un jesuita, es un jesuita! Nos vengaremos y nos daremos un festín. ¡Comamos jesuita, comamos jesuita!”

Con este “cuento” —que es realmente un “cuento”, sin relación alguna con la verdad— Voltaire consiguió confundir la opinión europea y echar leña a la confabulación internacional contra los jesuitas, que ya acababa de conseguir erradicarlos de Portugal. Era una incitación a acabar con ellos. La última exclamación: “¡Comamos jesuita, comamos jesuita!”, era repetida entre risas en París, donde tres años después, en 1762, el Parlamento dio aquel decreto de expulsión, que Menéndez y Pelayo llama “pedantesco y vergonzoso”, y en el que son condenados por “fautores de arrianismo, socinianismo, sabelianismo, nestorianismo, de los luteranos y calvinistas, de los errores de Wiclef y de Pelagio, de los semipelagianos y de los maniqueos, y propagadores de una doctrina injuriosa para los Santos Padres, ¡los apóstoles y Abraham!”. Confusión tanto más ridícula cuanto que era el Parlamento el que los acusaba de herejía, y que la campaña previa, en Francia, había consistido en acusarlos de apologistas del regicidio —sacando a relucir las obras del Padre Mariana del siglo xvi para atemorizar a Luis XV, ¡no fuera que le pasara como a Enrique III!— y promover una innoble propaganda contra los “traficantes jesuitas”, figurando entre ellas hasta una ilustración del General de la Compañía —el muy ascético padre Ricci!— sentado sobre una montaña de oro, rubíes y diamantes, gritando: “¡Hijos de Ignacio, vamos a predicar este Evangelio!”, y abajo la leyenda: “preboste de los comerciantes del universo”.

¡Realmente tuvo eco Voltaire! Y lo peor es que él se lavaba las manos y se escondía: no sólo no firmó el “Cándido”, sino hasta se defendía: “¡A quién se le ocurre imputarme este chiste de estudiante! Realmente tengo otras cosas más importantes que hacer... ¡Dios me libre de tener la menor parte en esa obra!” (cartas a Formey y Thiérot, marzo 59)...

Más no se podía mentir. Pero, para desenmascarar la mentira —largamente difundida hasta hoy gracias principalmente a este cuento porque hace reír y busca la complicidad del lector que, lógicamente, no quiere pasar por un “cándido”—, hemos de

recordar la verdad, ampliamente documentada. Que los jesuitas hicieron en el Paraguay obra civilizadora —que les enseñaron la moral, la religión, la agricultura, los oficios, y hasta el arte y música a los guaraníes— no es necesario repetirlo, pero quizás sí que hacían lo que otras tantas órdenes: trabajar duro, y vender una parte de los productos para sostener sus obras civilizadoras: ¿de dónde habrían de salir esos complejos que eran las reducciones, en cada una de las cuales había un iglesia, un hospital, una casa para cada familia, molinos, acequias, talleres de tejidos, de carpintería, de ladrillos, a más de imprenta y escuela, adonde se daba, por supuesto, una enseñanza gratuita?

La verdad, respecto a la destrucción de las reducciones del Paraguay, es que algunos portugueses eran codiciosos y que, habiendo usado ya la Colonia del Sacramento para hacer contrabando, la entregaron a España a trueque de la zona de las reducciones, porque corría la voz de que allí había oro. “Durante doce años —apunta Jean Dumont, en *La révolution française ou les prodiges du sacrilège*—, el portugués Gomes Freire de Andrade había proyectado tal cosa, y fue el encargado del asunto, al que se refería como al «gran negocio», repitiendo constantemente que los jesuitas tenían minas de oro”. ¡Qué ilusión, y qué desilusión! “Cuando, tras el tratado de 1750 —prosigue Dumont—, Gomes de Andrade avanzó para apoderarse de los tesoros, se vió rechazado por los guaraníes, que le hacían emboscadas, debiendo refugiarse y pedir refuerzos: 1.200 soldados portugueses más 1.700 españoles que acudieron en su ayuda, comandados por el general Andonaegui, y luego por don Pedro de Ceballos: «La patraña del oro fue creída por los españoles, quienes contribuyeron, con su búsqueda, a destruir las iglesias y los edificios por las excavaciones que realizaron» ...”. La verdad, expuesta en *Missionaria Hispanica* (1947, núm. 10) es: “No encontraron ni minas, ni millones, ni tesoros, ni intereses financieros, sino solamente que los indios tenían lo justo para sustentarse, y esto gracias a la caridad, la habilidad y el trabajo de los padres”. En efecto, “su actividad en las reducciones fue una verdadera epopeya cotidiana. Por ejemplo, el padre Artigues era a la vez constructor, albañil y arquitecto de las 107 casas y de la iglesia de su reduc-

ción de los indios lules; y les enseñó a sembrar trigo, construyó un molino, canales de agua y puesto que eran bastante perezosos, él trabajaba en su horno de ladrillos...". Hay infinita documentación al respecto en todas las reducciones. Por ejemplo, el padre Andreu, superior de la del Chaco (y luego Provincial del Paraguay), cuenta sus trabajos, y que hasta se había convertido en sastre para cortar los trajes, que enseñaba a coser a los indios... (*Missionalia Hispanica*).

En cuanto a la supuesta "guerra" que promovieron los jesuitas, Andrade y algunos españoles, pagados por el marqués de Pombal, redactaron falsos testimonios de indios para poder decir —como luego lo dijo Pombal en su *Relación Abreviada*, que envió al papa y se difundió en toda Europa— que en su tentativa de establecer un "reino jesuítico en América", los jesuitas les enseñaban a los indios el "arte militar" y que los capitaneaban (y que fueron los indios mismos los que quemaron las iglesias).

Este infundio seguiría repitiéndose a pesar de la verdad que salió a la luz a raíz de la orden que dio don Pedro de Ceballos al mayor de su ejército Diego de Salas: "Establecer con todas las justificaciones y pruebas deseables quiénes fueron los autores de la rebelión de los indios de las misiones y, en particular, si lo hicieron individual o colectivamente los padres de la Compañía de Jesús". El resultado de las encuestas e investigaciones fue que "los jesuitas no tuvieron ninguna responsabilidad y que, al contrario, hicieron todo lo posible para mantener a los indios en la obediencia de Su Majestad" (*Missionalia Hispanica*, 1954, núm. 33).

Quedó claro también que, no habiendo sido escuchados por aquéllos, a quienes lógicamente les repugnaba dejarse arrancar sus casas y sus tierras, la mayoría de los padres se quedaron en sus presbiterios, salvo dos o tres, que "siguieron a los indios en la guerra, pero de lejos, a título de asistencia espiritual, para decir la Misa y confesar a los moribundos", y que por ello muchos indios, tras ser derrotados, tuvieron a los padres por traidores, en complot con los españoles, y fueron insultados y maltratados" (*ibidem*). En cuanto a esta derrota, en Caibaté, fue una verdadera masacre —tanto es así que algunos la llaman la "Numancia

americana"; habiéndose acercado muy imprudentemente, pero con indudable coraje, ya que casi no tenían armas, 1.500 indios fueron masacrados, mostrando también los sentimientos cristianos que habían aprendido de los padres: iban con sus santos en pergamino, y pidiendo a Dios misericordia... Pero no fueron ellos los celebrados, sino sus masacradores, cuya "hazaña" —comenta M. Menéndez y Pelayo—, aunque no tenía nada de épica, fue cantada en el poema *Uruguay*, por un poeta brasileño de grandes alientos, José Basilio de Gama, novicio de los jesuitas, renegado y, por ende, favorito de Pombal, que le dio carta de nobleza e hidalguía y le hizo secretario suyo y oficial del ministerio de Negocios Extranjeros" (*Historia de los heterodoxos españoles*, libro VI): ¡por mentir!

Mentir fue la táctica de Voltaire, de la ilustración "reductora" y de los déspotas ilustrados, y esto es el peor daño que han causado en Hispanoamérica: ¡ha costado tanto y sigue costando tanto salirse de entre la maraña de sus mentiras! Esto, creo, es el mayor problema para recobrar nuestra identidad hispanoamericana.

La mentira siguió adelante. Pombal redactó la *Relación Abreviada* quejándose a Benedicto XIV de los sucesos, y pidiendo un visitador en las misiones, ahora brasileñas... Pero como esto iba para largo, y lo que él quería a toda costa era echar a los jesuitas, imaginó otra patraña, a la que dio pie una aventura del rey José I ("monarca imbécil", dice Menéndez y Pelayo, entregado de pies y manos a su ministro): una visita nocturna a su amante terminó con la aparición de tres hombres a caballo que, de tres disparos, le dieron uno en el brazo. Pombal clamó al cielo: ¡los instigadores eran sin duda jesuitas, regicidas, gracias al famoso tratado del padre Mariana! "Saltando por encima de todas las formas legales", apartando al fiscal por no hallarlo dócil, formó un "tribunal especial" que él manejó declarando entonces que los jesuitas, a quienes ni siquiera interrogaron, "esos hombres apestados y enemigos del feliz gobierno de su Majestad", eran los instigadores, ¡"porque sola su ambición de adquirir dominios en el reino podía ser proporcional y comparable con el infausto atentado"! (enero 1759). Los sucesos inventados del Paraguay evidentemente no eran sufi-

cientes, y el proceso terminó incluso sin nombrar a los jesuitas —¡tanto era que no había causa!—, pero sí con torturas y con la muerte en la hoguera de los nobles que habían sido acusados y de la pobre amante. En cuanto a la expulsión de los jesuitas, que era su obsesión, Pombal “entregó al padre Malagrida —uno de los inculpados— a la Inquisición, compuesta ya de hechuras suyas, y le hizo condenar a muerte en la hoguera por «visionario, iluminado y pseudoprofeta” (Menéndez y Pelayo), lo que muestra una vez más cómo los activistas de la Ilustración, que se decían “tolerantes” y se rasgaban las vestiduras sólo de pensar en la Inquisición, no dudaron en manejarla a su gusto —fuera de toda regla canónica— para justificar, con pretextos “teológicos”, lo que no era más que despotismo de Estado. ¡Eran las confusiones típicas que enseñaba su maestro Voltaire! Del mismo modo, Pombal se impuso al recientemente exaltado papa Clemente XIII: simplemente le participó —¡como si el papa no tuviera nada que decir en el asunto!—, le participó, en carta del rey por él dictada, “su soberana voluntad de expulsar a los jesuitas como incompatibles con la tranquilidad del Estado”. Finalmente, exigió del dócil Cardenal Saldanha, primado de Lisboa, que los declarara por edicto “exterminados, desnaturalizados, proscritos y expelidos”, como “rebeldes públicos, traidores, enemigos y agresores actuales y pretéritos contra la real persona y sus Estados”. A los obispos portugueses que protestaron los desposeyó de sus sedes y temporalidades; luego expulsó al Nuncio, rompió con la Santa Sede, prohibiendo sus bulas (1760) y, finalmente, en su inquina antijesuítica, hizo prohibir todas las obras de los autores jesuitas —dejando entonces circular las de los enciclopedistas—, e hizo dar la ridícula orden “¡de mandar borrar en los calendarios los nombres de San Ignacio, San Francisco Javier y San Francisco de Borja!” (MENÉNDEZ Y PELAYO, *op. cit.*).

La segunda campaña. El Ensayo sobre las costumbres

Los capitolos de la Ilustración estaban encantados. Los déspotas ilustrados, instalados en los ministerios, so pretexto de “re-

galismo", lo que implicaba "galicanismo" o manejo de la Iglesia, cumplían a maravilla sus propios planes... Es lo que dice D'Alembert a Helvetius en una carta de 1761: "Dejemos que las fuerzas irregulares destruyan a las fuerzas regulares. Cuando a la razón no le quede sino combatir a las primeras le saldrá barato". (Los irregulares eran estos regalistas galicanos; los regulares eran los miembros de las órdenes religiosas). Y Voltaire repetía: "Una vez que hayamos destruido a los jesuitas, será fácil hacerlo con la Infame". "Oh filósofos, oh filósofos —le escribía a Helvetius ese mismo año 1761— aplastad a la Infame bien suavemente", y a D'Alembert, al año siguiente: "Aplastad a la Infame, os lo conjuro". En París, contaron con la acción del ministro, duque de Choiseul. Este convenció a Luis XV que sometiera nada menos que las *Constituciones de la Compañía* —redactadas por San Ignacio en el siglo XVI—, al examen de los Parlamentos de todo el reino: ¡otra vez un ordo religioso expuesto a decisión de organismos de Estado! Y a los Parlamentos los asesoró un abate, Chauvelin, que era consejero del Parlamento de París, jansenista y galicano, quien publicó en 1762 un enorme informe con el título *Extractos de las aserciones peligrosas y perniciosas de los que se dicen jesuitas*, para demostrar la perversidad de la compañía, desde fines del siglo XVI, en base a las obras de Juan de Mariana, de San Roberto Belarmino y de Francisco Suárez, todos los cuales habían presentado teorías políticas que eran totalmente opuestas a ese absolutismo y despotismo que había sido practicado en Francia primero, y ahora en el siglo XVIII, en los Estados borbónicos. Claro, esas teorías les molestaban, esa tradición de siglos, que reunió y expresó Santo Tomás, y que fue nuevamente expuesta por los grandes teólogos y especialistas en derecho español del siglo XVI, Francisco de Vitoria, Melchor Cano, Domingo de Soto (que eran dominicos), seguidos de los antecitados jesuitas. Era la tradición de España, contrariada por los Borbones, y que puede resumirse así: "El poder político procede de Dios, pero a través del pueblo. El pueblo está en el origen del poder, poder que delega al rey... Entre el pueblo, por lo tanto, y el rey, hay un contrato tácito: el pueblo se compromete a obedecer al rey en tanto y en cuanto ejerza el poder por el bien de la comu-

nidad (lo cual implicaba también respetar su lealtad religiosa a Roma). El rey que no tuviese en cuenta sus obligaciones, que no respetase las leyes existentes, convertiría su poder legítimo en tiranía. Existe, pues, un derecho natural del pueblo a su propia defensa, a rebelarse contra los abusos del poder, contra el rey que cesare de ser un rey para convertirse en tirano" (resumen tomado de Joseph Pérez, *Los movimientos precursores de la emancipación de América*, Madrid, 1977).

Claro, esto contrariaba el pretendido "derecho divino de los reyes", que exaltaban los ministros borbónicos para provecho de su idea estatista —la idea de "poder" del Iluminismo— y contra la Iglesia y la autoridad espiritual del Papa. Por su parte, la oligarquía judicial de los parlamentarios franceses —comprometida con esta postura, pues había comprado sus cargos de una forma hereditaria desde la ley La Paulette, desde la época del "buen rey Enrique IV"— decidió que tal tradición proclamaba "el derecho a la rebelión y hacia la apología del regicidio", e inculpaba a los jesuitas ¡como si fueran ellos sus inventores! Pero claro, esto coincidía con los infundios renovados sobre los jesuitas de las misiones, de los que se seguía diciendo que habían querido alzarse contra el rey de España estableciendo un "imperio jesuítico" bajo la égida de uno de ellos, llamado Nicolás I...

Es notable que los únicos parlamentos de Francia que rechazaron condenar a la Compañía, fueron los de Artois, Flandes, Alsacia y Franco-Condado, de tradición secular, lotaringia, borgoñona y franco-imperial, que habían sido recientemente anexados por Luis XIV, a quien habían exigido justamente mantener ésas, sus tradicionales "libertades, franquicias y privilegios" del pueblo... Pero esto no contó frente a la opinión galicana y absolutista de la mayoría. El Parlamento de París dio en 1762 aquel decreto —que, hay que decirlo, rechazó el episcopado—, ya leído, que Menéndez y Pelayo llama "pedantesco y vergonzoso" y Choiseul se encargó de convencer al vacilante Luis XV, por supuesto intimidándolo nuevamente con el peligro de "regicidio".

Cuando Luis XV confirmó la supresión, el Papa Clemente XIII rechazó las acusaciones y elogió a la Compañía en su bula *Apostolicum Pacendi* (1764).

Pero la acción de los galicanos y jansenistas, alentados por los "filósofos", prosiguió en España. Allí contaban con el Conde de Aranda, amigo de todos ellos y en especial de Voltaire, quien lo llamaba "nuevo Hércules", capaz de limpiar a España del "fanatismo español" (1). Aranda, ayudado por Roda y Campomanes, azuzó al bonachón Carlos III, demostrándole que un motín insignificante, llamado de los "chambergos y las capas" o "motín de Esquilache", por haber sido éste el de la idea de imponer a los madrileños las modas de Versalles, era efecto de una gravísima conspiración jesuítica que se proponía derribar el poder real. ¡Otra vez! ¡En verdad que esta gente de la Ilustración no tenía más imaginación que para "el poder"! Era lo único que tenían en mente, lo único que deseaban, lo cual confirma muy bien los análisis de Horkheimer y Adorno, ya citados, sobre la esencia del Iluminismo. Finalmente, estos manipuladores de reyes y de pueblos obtuvieron —no sin otros engaños— que Carlos III firmase el decreto de expulsión, el 27 de febrero de 1769, de todos los jesuitas de España y sus posesiones, sin la más mínima exposición de motivos, y Aranda se encargó de ejecutarla, con el mayor sigilo, para que la expulsión tuviese lugar al mismo tiempo en todas partes el 1.º de abril. Aranda llegaba a extremos ridículos en las recomendaciones: "Esta instrucción cerrada y secreta será abierta el día de la víspera; el ejecutor... disimuladamente echará mano de la tropa presente... procediendo con presencia de ánimo, frescura y precaución".

"No eran necesarias tantas —comenta al respecto don Marcelino Menéndez y Pelayo— para la épica hazaña de sorprender en sus casas a pobres clérigos indefensos y amontonarlos como bestias en pocos y malos barcos de transporte —esto, sin hablar de los de Hispanoamérica que, por tener que llegar a puerto, sufrieron lo indecible en lentas carretas, del sol, del frío, de falta de alimentos...—. "Ni siquiera —prosigue don Marcelino— se les permitió llevar libros, fuera de los de rezo... En la travesía... sufrieron increíbles penalidades, hambre, calor sofocante, miseria y desamparo, y muchos enfermos y ancianos expiraron..."

(1) Poema de Voltaire.

"Aquella iniquidad, que aún clama al cielo, fue al mismo tiempo que odiosa conculcación de todo derecho, un golpe mortífero para la cultura española —y nosotros agregamos: para la cultura y evangelización en América—, sobre todo en ciertos estudios, que desde entonces no han vuelto a levantarse; un atentado brutal y oscurantista contra el saber y las letras humanas". Y sigue una interminable lista de intelectuales españoles, a la que habría que agregar los residentes en Hispanoamérica, sin hablar de su más sencilla pero no menos importante labor evangelizadora y civilizadora... (2).

Sigue Menéndez y Pelayo: "El horror que produce en el ánimo aquel acto feroz de embravecido despotismo en nombre de la cultura y de la luces, todavía se acrecienta al leer en la correspondencia de Roda a Azara la cínicas y volterianas burlas con que festejaron aquel salvajismo: «Por fin se ha terminado la operación cesárea... Allá os mandamos esa buena mercancía... Haremos a Roma un presente de medio millón de jesuitas»; y peor, lo escrito por Roda al ministro francés Choiseul: "La operación nada ha dejado que desear; hemos muerto al hijo; ya no nos queda más que hacer otro tanto con la madre, nuestra santa Iglesia romana" (*op. cit.*).

Así, pasando del dicho al hecho, los ministros del despotismo ilustrado se lanzan a intimidar al Papa Clemente XIII. Éste había dirigido al monarca español un breve conmovedor, *Inter acerblissima*, que empezaba así: "¡Tú también hijo mío, tú Rey Católico, tú debías ser el que colmase el cáliz de nuestras amarguras y quien empujase al sepulcro nuestra vejez infortunada bajo el duelo y las lágrimas!"... Palabras proféticas, como se verá. En noviembre de 1767, Pombal propone a las cortes de Francia y España unirse a la de Portugal, intimidando al pontífice con expulsión de monjas, cierre de tribunales eclesiásticos (que ya se había hecho en Portugal), amenazas de reunión de un Concilio general y, finalmente, una declaración de guerra si el papa no

(2) Según un catálogo de 1749, esta poderosa fuerza de apostolado contaba con 11.239 sacerdotes y 11.350 religiosos, y en 1755 tenía 669 colegios, 61 noviciados y 273 estaciones misionales.

cediera (Menéndez y Pelayo). El ministerio filosófico-regalista de Madrid, en torno a Aranda, aprobó este programa el 30 de noviembre de 1767, pero, pensando que el Papa era viejo y moriría pronto, suspendieron las medidas violentas en espera del futuro cónclave, que pensaban manipular. Pero Clemente XIII tardó en morir, y entre tanto se agrandó, dando un monitorio contra el Príncipe de Parma, quien, incitado por su ministro Du Tillot, amigo de Voltaire y de Condillac, se había negado a recibir sus bulas y breves, estableciendo tribunales laicos para sojuzgar a la Iglesia. Tras esto, las cortes de Portugal, Francia y España le enviaron al Papa sendos memoranda pidiendo oficialmente la total *extinción* de la Compañía de Jesús; pero el resuelto Papa murió en 1769.

Al nuevo pontífice, Clemente XIV, anciano y enfermo, pensaban manejarlo las cortes que habían influido en su elección y que se jactaban de haber "pactado" con él la supresión de la Compañía; pero esto no está demostrado, y más bien es desmentido por haber tomado el nombre de su antecesor y porque en julio de 1789 les renovó sus "privilegios" a los misioneros jesuitas, alabándolos. Lo único que hizo con las cortes fue proceder diplomáticamente, anulando el monitorio de Parma, contra la devolución de Avignon y Benevento, que habían ocupado (y que no cumplieron). Pero la de España se lanzó decididamente al ataque: Carlos III envió a Roma al durísimo procurador del consejo de Castilla, don José Moñino, quien por su "trabajo", sería promovido al grado nobiliario de Conde de Floridablanca. Este personaje, "ferozmente absolutista y servidor de las ideas francesas" (Menéndez y Pelayo), audiencia tras audiencia, literalmente aterrorizó al Papa, amenazándolo un día con la supresión general de Órdenes religiosas, otro con la independencia total de los obispos españoles respecto de la Santa Sede, otro con un cisma nacional; pero, así y todo el Papa resistía. Esta acción intimidatoria está descaradamente documentada por el mismo Moñino, quien le escribió al rey que "procuraba infundir al Papa el terror que absolutamente correspondía, bien que acompañado de palabras dulces y respetuosas"; y también por la correspondencia de su colaborador Azara a Roda: "Moñino dio al Papa cua-

tro toques fuertes sobre el asunto" (16-VII-1772); "Moñino lo atacó de recio hasta el último atrincheramiento y, no hallando salida el Papa, prorrumpió que dentro de poco tomaría una providencia que no podría menos de gustar al rey de España" (3-IX-72); "Moñino me ha dicho que ya estamos en el caso de usar el garrote" (5-XI-72); "¡Es cosa de hacer un desatino con el tal fraile!" (3-XII-72).

¡Actitudes de guerra que contradicen las "declamaciones" de Voltaire contra el "horror" de las guerras! Y de hecho, la última estocada de Moñino fue amenazar a Clemente XIV, con la inmediata ocupación militar de Roma por las tropas españolas de Nápoles. Así cedió el anciano Papa y firmó llorando el breve de extinción —*Dominus ac redemptor*— que Moñino mismo había redactado (21-VII-1773), y que había sido impreso en la imprenta clandestina de la embajada de España, de donde habían salido y se guían saliendo los libelos contra los jesuitas y las hojas sediciosas. Al Papa todo esto lo llevó al sepulcro en pocos meses; y no sin que los libelos esparciesen el rumor de que aquellos jesuitas —¡ya encarcelados en la prisión de Sant' Angelo!— habían sido quienes lo envenenaron.

Así esta guerra contra la Iglesia, ejecutada por los déspotas ilustrados pero alentada por los "filósofos" de la ilustración, alcanzó su primer triunfo, y ellos se jactaban de ello, convencidos de que continuaría con el triunfo total. "Las causas no son las que han publicado los manifiestos de los reyes —escribía D'Alembert—. El jansenismo y los magistrados no han sido más que los procuradores de la filosofía, por quien verdaderamente han sido sentenciados los jesuitas. Abatida esta falange macedónica, poco tendrá que hacer la razón para destruir y disipar a los cosacos y jenizaros de las demás órdenes. Caídos los jesuitas, irán cayendo los demás regulares, no con violencia, sino lentamente y por insensible consunción". Todavía tenía la desvergüenza de escandalizarse hipócritamente de los "cruels y sanguinarios procedimientos" con que sus discípulos habían conseguido aquello a quienes sus maestros incitaban...

Y, en efecto, su arma, su poderosa arma seguiría siendo la mentira histórica, de la que seguimos padeciendo hasta hoy. Jus-

tamente por entonces Voltaire escribía su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de los pueblos*, en cuyo capítulo 154 falsea toda la historia de las misiones del Paraguay. Ya no burlándose, como en *Candide*, sino con una aparente objetividad, que apenas cubre su ambigüedad maliciosa, mezcla elogios con críticas, confundiendo como siempre. Ya desde el título engaña: "Del Paraguay. De la dominación de los jesuitas; de sus querellas con los españoles y portugueses"... Y en seguida parte con esta ambigua e insidiosa sentencia: "Las conquistas de México y del Perú, con las crueldades que allí se realizaron, la completa exterminación de los habitantes de Santo Domingo y de algunas islas, son excésos de horror; pero el establecimiento en el Paraguay, hecho solamente por los jesuitas españoles, parece el triunfo de la humanidad; parece expiar las crueldades de los primeros conquistadores". Mentirosa contraposición, que hace esperar más elogios de los jesuitas. Pero los elogios, se resumen en ponderar su capacidad empresarial y comercial, y están todos viciados por su visión de "poder", mostrándolos como simples "dominadores".

"Los jesuitas, en verdad —prosigue— se sirvieron de la religión para quitar la libertad a las poblaciones del Paraguay ...";

"... los civilizaron y volvieron industriosos", pero "han hecho una virtud de someter a los salvajes por la instrucción y la persuasión". La ambivalencia entre elogio y condena prosigue: habla de las semillas que les trajeron para sembrar, y de los ganados y útiles de cultivo, pero agrandando que así "domesticaron a los indios tal como a los animales se hace con un cebo", por lo cual "se convirtieron en súbditos de sus bienhechores". Insiste en lo de "súbditos", maravillándose de que lo fueran por la "persuasión", mas de inmediato los "súbditos" pasan a ser llamados "esclavos de los jesuitas". Habla de su "colonia" (sin mencionar nunca las palabras "misión", ni "reducción") y dice que en ella ejercen un "gobierno absoluto" a pesar de que el país depende del rey de España; y entonces empieza la acusación:

"Los jesuitas, que han conservado siempre las apariencias, hicieron servir la piedad para justificar esta conducta, que puede

calificarse de *desobediencia* y de *insulto*: ellos declararon al consejo de Indias de Madrid que no podían recibir españoles en sus provincias por temor a que corrompiesen las costumbres de los paraguayos; y esta razón, tan ultrajante para su propia nación, fue admitida por los reyes de España, quienes no pudieron sacar ningún servicio de los paraguayos sino a costa de esta singular condición, deshonrosa para una nación tan orgullosa como la española ...”.

Así, tras describir cómo administraban el trabajo y la producción en “ese gobierno único sobre la tierra”, va derechamente a exponer el infundio del adiestramiento militar y de la rebelión armada:

“En cada cantón tenían un arsenal, y en los días señalados se les daban las *armas* a los habitantes. Un jesuita se encargaba del ejercicio; ...los mismos principios que hicieron de esos pueblos los *vasallos* más sumisos, los convirtieron en muy buenos *soldados*...

Cuando en 1652 los españoles hicieron el sitio de la ciudad del Santo Sacramento, de la cual se habían apoderado los portugueses..., un jesuita llevó cuatro mil paraguayos que se dieron al asalto y que reconquistaron la plaza. No omitiré ningún detalle, de los que muestran que esos *religiosos, habituados al mando*, sabían más de aquello que el gobernador de Buenos Aires, que estaba a la cabeza del ejército...

Es muy cierto que los jesuitas se habían formado en el Paraguay un *imperio*... Sometidos en todo lo que es apariencia al rey de España, ellos eran los *reyes* en verdad, y quizás los reyes mejor obedecidos de la tierra. Fueron a la vez fundadores, legisladores, pontífices y soberanos...

Finalmente *abusaron de su poder*, y lo perdieron: cuando España cedió a Portugal la ciudad del Sacramento y sus vastas dependencias, los jesuitas *osaron oponerse* a este acuerdo; los pueblos que ellos gobernaban no quisieron someterse a la dominación portuguesa, y se resistieron por igual a sus antiguos y a sus nuevos dueños. Si hemos de creer a la *Relación abreviada*, el general portugués de Andrade escribía al general español Valdelirios: *Los jesuitas son los únicos rebeldes*. Sus indios atacaron dos veces la fortaleza portuguesa del Pardo con una artillería

muy bien provista». La misma relación agrega que esos indios les cortaron la cabeza a sus prisioneros y se las llevaron a sus *comandantes jesuitas*. Si esta acusación es verdadera, parece inverosímil. Lo que sí es seguro es que la provincia de San Nicolás se sublevó en 1757, poniendo en campaña a 13.000 combatientes bajo las órdenes de dos jesuitas ...”.

Hasta aquí la acusación, llena de confusiones y lagunas. Pero ahora viene su castigo y la moraleja:

“Mientras *estas religiosas hacían la guerra* en América a los reyes de España y de Portugal, en Europa eran los confesores de esos príncipes. Pero finalmente fueron acusados de rebelión y de parricidio en Lisboa: fueron echados de Portugal en 1758, y el gobierno purgó de todos ellos a todas sus colonias de América; fueron echados de todos los Estados del rey de España en el viejo y el nuevo mundo; los Parlamentos de Francia los destruyeron por un decreto; el Papa extinguió la orden por una bula; y *la tierra aprendió por fin que se pueden abolir todos los monjes sin temor alguno*”.

¡Acabáramos! ¡Aquí se saca la careta al fin el buen Voltaire! Para llegar a esto ha estado él bregando durante años. Por ejemplo, en 1764 comenzaba su *Diccionario filosófico*, con la palabra “*Abadía, abad*”, describiendo a los “pobres padres espirituales que tienen de doscientas a cuatrocientas mil libras de renta”... ¡Cómo no regocijarse en 1773, cuando la extinción de los jesuitas le parecía el primer paso para aniquilar a todos los demás religiosos! Su satisfacción era tan grande que escribía, en esa misma fecha: “En veinte años no habrá más Iglesia”. Él tuvo la suerte de morirse antes, para tener confesor a último momento, pero la mala suerte la hemos tenido nosotros, pues, a pesar de haber sido rehabilitados los jesuitas en Portugal, en 1781; en España, en 1808, y en Francia y Roma, en 1814, hemos sido abrevados de sus mentiras y de las de sus discípulos.

Yo pido perdón por haber relatado el asunto del Paraguay, dos veces deformado por Voltaire, pero lo he hecho deliberadamente para mostrar de dónde nos vienen los engaños: de esa repetición incansable, de ese “mentid, mentid que algo queda ...”.

Yo creo que, si bien la expulsión de los jesuitas fue una catástrofe para la evangelización de nuestra América, por suerte la semilla que ellos sembraron arraigó tan fuerte que su obra no se perdió del todo, y fue retomada por otros. Los jesuitas tuvieron continuadores, y la Iglesia siguió adelante, con nuevos hombres y nuevos métodos.

Lo que es más grave es la deformación de la historia, que ha persistido: los "horrores de la conquista", la "hidra de la Inquisición", el "imperio jesuítico" son tópicos voltarianos que siguen repitiéndose, así como las invenciones de su amigo, el apóstata cura Raynal, sobre "el genocidio de las minas del Perú", etc. ... Es en este sentido que la Ilustración nos ha hecho mucho daño. Machacando mentiras, incluso convenció a generaciones enteras del daño de predicar y evangelizar puesto que —dicen— "la historia nos instruye que la manía de extender los principios cristianos ha inundado los dos hemisferios de torrentes de sangre" (Dauthier de Saint-Sauver, citado por Dumont, pág. 146).

La deformación histórica nos ha distanciado de nuestros orígenes hispano-católicos, pues ¿cómo adherir a ellos, si es que fueron tan "horrorosos"? El complejo de inferioridad frente a las "luces" de Francia llegó a infestar nuestra gesta emancipadora pues, dentro de ella, una línea de pretendidos ideólogos "ilustrados" insistió en repetir aquí lo que los Borbones, déspotas y absolutistas, habían hecho en España para su desgracia. ¿No es acaso lo mismo lo que hizo Rivadavia? Ese dualismo del que habla Dawson "entre la cultura galicada de las clases gobernantes y la cultura tradicional del pueblo" por el que España "se suicidaba", y que contribuyó en gran medida a la pérdida de sus territorios ultramarinos, fue reiterado entre nosotros y fue la causa de años de luchas y desgarramientos. El sentimiento de filiación hispano-católica persistió en el pueblo, tanto aquí como allá, pero fue constantemente despreciado y ahogado por nuestros "aprendices de brujos" del Enciclopedismo.

Hoy en día, no se distingue aún claramente entre la España de Isabel la Católica y de los "Habsburgos", y la España de los "Borbones", entre la verdadera madre patria y aquella madrastra de la que finalmente nos libramos para recaer en ella sólo bajo

otra forma, ya que en un caso y en el otro nos vimos sometidos al mismo absolutismo de cuño francés e ilustrado que deformaba nuestra idiosincrasia.

La mentira histórica nos ha descristianizado y desarraigado, y nos hace difícil recuperar nuestra identidad auténtica. Hemos perdido mucho tiempo tratando de buscar explicaciones foráneas a nuestros movimientos emancipadores, sin ver que lo mejor que hubo en ellos provenía de aquella tradición hispano-católica acerca del contrato entre el rey y el pueblo, contrato rescindible cuando el primero se convierte en tirano o cesa en sus funciones. Nos cuesta reconocerlo, sin necesidad de atribuirlo todo a Rousseau. A pesar de tantos estudios que reivindicán la verdad histórica y que nos muestran las "libertades" y el espíritu de justicia y de derecho que nos legó España, junto con la fe cristiana, los manuales en que estudian nuestros hijos siguen repitiendo las mismas falsedades, desnaturalizándonos.

Esa mentirosa, restrictiva y represiva cultura de la Ilustración sigue proyectándose entre nosotros y nuestro pasado, y hemos de librarnos de ella para recuperarlo y recuperar nuestra identidad al mismo tiempo que nos lanzamos a la Segunda Evangelización, ya que evangelizar incluye el deber de la verdad.